

Informe y observaciones finales en la Conferencia de Delegados Militares al XI Congreso del PCR (b)

**León Trotsky
1 de abril de 1922**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde [“Report and Concluding Remarks. At the Conference of Military Delegates to the Eleventh Congress of the Russian Communist Party”](#), en [Trotsky Internet Archive](#) (consultado el 7 de abril de 2024). Informe y observaciones finales en la Conferencia de Delegados Militares al XI Congreso del PCR (b), 1 de abril de 1922. Impreso en el folleto *Tareas militares fundamentales del momento*, Consejo Supremo de Publicaciones Militares, Moscú 1922. Para los antecedentes y el contexto de esta discusión en el undécimo congreso del partido, véase, además de *The Soviet High Command* de Erickson y *The Growth of the Red Army de Fedotoff-White*, también W.D. Jacobs, *Frunze* (1969).

I

¿Cuál es el problema?

Primero, unas palabras sobre la historia del problema que tenemos ante nosotros. Un movimiento crítico e impaciente a favor de cierta nueva doctrina militar se manifestó incluso antes del X Congreso del partido. El centro principal de este movimiento era Ucrania. Los camaradas Frunze y Gusev formularon, hace más de un año, tesis dedicadas a una doctrina militar unificada, y trataron de hacerlas aprobar por el congreso. En mi calidad de ponente sobre el Ejército Rojo declaré que estas tesis eran, en mi opinión, incorrectas desde el punto de vista de la teoría y estériles desde el de la práctica. Los camaradas Frunze y Gusev retiraron entonces sus tesis, lo que, por supuesto, no significa en absoluto que estuvieran de acuerdo con mis argumentos. Entre los que se dedican al trabajo militar ha seguido existiendo una cierta agrupación bajo la bandera de “la doctrina militar del proletariado”. Todos recordaran el artículo del camarada Solomin, ciertos discursos del camarada Gusev, etc. Me sentí obligado a abandonar mi posición de espera vigilante en la medida en que los artículos de Solomin y otros podrían, si se dejaban pasar más tiempo, sembrar la mayor confusión en las mentes de los elementos dirigentes del ejército. Todavía no ha habido respuesta a mi artículo “Doctrina militar o doctrinarismo pseudomilitar”¹. Sin embargo, las diferencias de opinión y los prejuicios sobre esta cuestión no se han superado, aunque ya no hay lugar a dudas de que la opinión pública de la mayoría del partido se ha definido.

La tarea de la presente discusión, que ha comenzado por iniciativa de los camaradas Frunze y Vorochilov, es dilucidar esta misma cuestión de la doctrina militar. Las tesis programáticas sobre la formación y educación del Ejército Rojo, defendidas por el camarada Frunze en la reciente conferencia de los comandantes ucranianos, han dado un impulso desde el exterior. Debo decir sin rodeos desde el principio que estas tesis me parecen más peligrosas y dañinas que los artículos del camarada Gusev y otros sobre el mismo tema. El artículo del camarada Solomin va demasiado obviamente en contra de la lógica de las cosas, del sentido común y de nuestra experiencia. Es evidente que fue escrito en un momento de enajenación doctrinaria. Lamento mucho que el autor no esté aquí y no pueda defender sus opiniones en persona. Pero su artículo es un hecho político, y me veo obligado a hablar de él para que no siga ejerciendo una influencia perjudicial.

¹ [“Doctrina militar o doctrinarismo pseudomilitar”](#), en esta misma serie de nuestras EIS.

En cuanto a las tesis ucranianas, son mucho más prudentes, bien peinadas y lavadas, de modo que a primera vista todo parece como debe ser: además (y aquí debo saludar la habilidad de maniobra demostrada por el autor de las tesis) ciertos puntos van acompañados de una nota entre paréntesis: Trotsky, Trotsky, Trotsky... Casi podrían parecer citas de artículos míos. También se ha renovado la terminología. La palabra “doctrina” ha sido sustituida por la expresión “visión militar unificada del mundo”, que es, en mi opinión, cien veces peor. Y aquí pasamos de la historia del problema a su sustancia.

Una doctrina militar unificada presupone evidentemente que tenemos una doctrina industrial unificada, una doctrina comercial unificada, etc., de modo que de la suma total de estas doctrinas pueda formarse una doctrina unificada de la actividad soviética. Se trata de una terminología pomposa y afectada, pero incluso así soportable. Sin embargo, si escribimos: ‘cosmovisión militar unificada’, eso es harina de otro costal. Resulta que existe una especie de visión “militar” del mundo en su conjunto. Hasta ahora habíamos supuesto que lo que tenemos es la concepción marxista del mundo. Resulta que necesitamos tener también una concepción militar unificada del mundo. No, camaradas, ¡desháganse de esa expresión lo antes posible!

Cuando discutía contra el término “doctrina” dije que no me pelearía por una palabra. Pero, en mi opinión, el conjunto de puntos de vista y actitudes que abarca este término es muy peligroso.

El oficio de la guerra y ... marxismo

Sí, en efecto. Las tesis nos dicen que la visión militar unificada del mundo es una totalidad de puntos de vista que han sido reducidos a un sistema por medio del *método marxista* de análisis de los fenómenos sociales. Esto es lo que se dice, palabra por palabra, en el punto uno: “Esta educación y entrenamiento deben llevarse a cabo sobre la base de puntos de vista unificados, que impregnen a todo el ejército, sobre las cuestiones fundamentales relativas a las tareas del Ejército Rojo, los fundamentos sobre los que se construye y los métodos para llevar a cabo las operaciones de combate. Es el conjunto de estos puntos de vista, reducidos a un sistema mediante el método marxista de análisis de los fenómenos sociales, e inculcados en el Ejército Rojo a través de reglamentos, órdenes e instrucciones, lo que proporciona al ejército la necesaria unidad de voluntad y de pensamiento”. ¿Se incluyen aquí la estrategia, la táctica, la técnica militar y los reglamentos de nuestro ejército? ¿Están incluidos en esta “totalidad de puntos de vista reducidos a un sistema por medio del método marxista”? ¿Sí o no? Hay que responder a esta pregunta. En mi opinión, deben incluirse. ¿Cómo podrían no estarlo? Después de todo, los reglamentos (no en el sentido de nuestros panfletos que contienen los reglamentos, sino en el sentido de los principios que los sustentan) deben entrar en esta “cosmovisión militar unificada”, ¿no es así? Porque, si se desechan, no quedará nada militar. Sólo habrá una “cosmovisión”. Lo que determina su carácter *militar* son, precisamente, los reglamentos que resumen la experiencia militar y determinan nuestros procedimientos militares. Pero, ¿fueron nuestros reglamentos creados con métodos marxistas? Es la primera vez que lo oigo. Los reglamentos resumen la experiencia militar. Puede ser que sean insatisfactorios, y seguiremos rectificándolos sobre la base de nuestra experiencia militar. Pero, ¿cómo van a unificarse mediante el método marxista?

¿Qué es el método marxista? Es un método de pensamiento científico. Es el método de la ciencia histórica, social. Es cierto que nuestra revista se titula *Voyennaya Nauka (Ciencia militar)*. Pero todavía contiene muchas incongruencias, y lo que es más incongruente es su título. No existe ni ha existido nunca una “ciencia” militar. Hay toda una serie de ciencias en las que se basa el oficio de soldado. Esencialmente, éstas incluyen todas las ciencias, desde la geografía hasta la psicología. Un gran comandante militar debe conocer necesariamente los elementos básicos de muchas ciencias, aunque, por

supuesto, hay comandantes militares autodidactas que actúan tanteando el terreno empíricamente, para lo cual cuentan con la ayuda de un don innato que poseen. La guerra se basa en muchas ciencias, pero la guerra en sí no es una ciencia, es un arte práctico, una habilidad. El estratega prusiano Federico II dijo que la guerra es un oficio para ignorantes, un arte para dotados y una ciencia para genios. Pero mintió. No es cierto. Para un ignorante la guerra no es un oficio, porque los soldados ignorantes son la carne de cañón de la guerra y en absoluto sus “artesanos”. Como es bien sabido, todo oficio requiere una cierta formación, y así, para quienes están debidamente formados en asuntos militares, la guerra es un “oficio”. Es un oficio cruel y sangriento, pero un oficio al fin y al cabo, es decir, una habilidad que hay que dominar adecuadamente, con ciertas prácticas que se han desarrollado a través de la experiencia. Para los superdotados, para los genios, esta habilidad se transforma en un arte.

Por su propia naturaleza, la guerra no puede convertirse en una ciencia, del mismo modo que la arquitectura, el comercio, la veterinaria, etc., no pueden convertirse en ciencias. Lo que la gente llama teoría de la guerra, o ciencia militar, no es un conjunto de leyes científicas que explican fenómenos objetivos, sino un conjunto de procedimientos prácticos, métodos de adaptación y habilidades que corresponden a una tarea específica, la de aplastar al enemigo. Quien domina estos procedimientos en alto grado y a gran escala, y es capaz de obtener grandes resultados por la forma en que los combina, eleva el oficio de soldado al nivel de un arte cruel y sangriento. Pero aquí no hay motivos para hablar de ciencia. Nuestros reglamentos no son más que una recopilación de esas reglas prácticas, derivadas de la experiencia.

En el pantano del escolasticismo y la utopía

El marxismo, sin embargo, es un método de la ciencia, es decir, de la cognición de fenómenos objetivos en sus conexiones objetivas. ¿Cómo se pueden construir los procedimientos del oficio militar o del arte militar mediante el método marxista? Esto es como intentar construir por medio del marxismo una teoría de la arquitectura o un manual de medicina veterinaria. Una historia de la guerra, como una historia de la arquitectura, puede escribirse desde el punto de vista marxista, porque la historia es una ciencia. Pero la llamada teoría de la guerra, es decir, la “dirección práctica”, es otra cosa. Estas cosas no deben confundirse, o lo que se obtendrá no es la unidad de la visión del mundo, sino un gran embrollo.

El método marxista facilita enormemente la orientación sociopolítica e internacional. Eso está fuera de toda duda. Sólo con la ayuda del marxismo se puede analizar la situación mundial, especialmente en la excepcional época actual.

Pero con el marxismo no se pueden construir reglamentos de servicio militar. El error consiste en interpretar la doctrina militar o, lo que es peor, la “cosmovisión militar unificada”, de modo que incluya nuestra orientación general como estado, en los asuntos internacionales y nacionales, junto con los procedimientos militares prácticos y las normas y preceptos establecidos en los reglamentos, y querer reconstruir todo esto desde cero, por así decirlo, mediante el método marxista. Pero nuestra orientación estatal se construyó hace mucho tiempo, y se sigue construyendo, por medio del método marxista, y no hay ninguna necesidad de construirla de nuevo en el seno del departamento de guerra. En cuanto a los métodos puramente militares, tal como están establecidos en nuestros reglamentos, no es conveniente aplicar aquí el método marxista. Por supuesto, es necesario introducir el máximo grado de unidad en los reglamentos, cotejándolos con la experiencia, pero es simplemente ridículo hablar de una cosmovisión militar unificada en este contexto.

Estos son los puntos primero y segundo de las tesis del camarada Frunze.

Paso ahora al tercer punto: “La elaboración de esta cosmovisión unificada del ejército obrero y campesino se inició ya con los primeros pasos de su existencia”. Esto

parece una polémica contra el camarada Gusev, que nos ha dado a entender que nunca tuvimos ni tenemos principios de construcción del ejército. “En el curso del trabajo práctico ulterior se cristalizaron y definieron todos los elementos básicos del sistema militar del estado proletario, que se derivan de su naturaleza específica de clase.” Esto va demasiado lejos. Parece que nuestro sistema militar se deriva enteramente de la naturaleza específica de clase del estado proletario. Hay que definir esta naturaleza, luego hay que deducir de ella una doctrina militar unificada, y de la doctrina militar se obtienen todas las conclusiones parciales y prácticas necesarias. Este método es escolástico e inútil. La naturaleza de clase del estado proletario determina la composición social del Ejército Rojo y, en particular, de su aparato dirigente, y determina la concepción política del mundo, los objetivos y las actitudes del ejército. Naturalmente, todo esto tiene cierta influencia indirecta tanto en la estrategia como en la táctica, pero la estrategia y la táctica no se derivan de la concepción proletaria del mundo, sino de las condiciones de la técnica, especialmente de la técnica militar, de las posibilidades de obtener suministros, del medio geográfico, de la naturaleza del enemigo, etc.

¿Poseemos una cosmovisión unificada del mundo industrial o comercial? ¿Nos es posible deducir de “la naturaleza específica del estado proletario” el mejor manual de comercio exterior o el mejor método de organización administrativa o comercial para nuestros trusts? Cualquier intento en este sentido sería ridículo e inútil. Suponer que armándose con el método marxista es posible resolver el problema de cómo organizar mejor la producción en una fábrica de velas es no entender nada ni del marxismo ni de una fábrica de velas. Y, sin embargo, un regimiento, considerado desde el punto de vista de sus propias tareas específicas, es una fábrica que debe organizarse adecuadamente, es decir, de acuerdo con su finalidad. Afirmo que intentar derivar del sistema del estado proletario, por medio de la educación, es decir, lógicamente, la organización, el establecimiento y los procedimientos tácticos de un regimiento de infantería o de caballería es una tarea absolutamente utópica e inútil. Los autores de las tesis criticadas también lo sienten así, pues vacilan entre la “doctrina proletaria unificada” y el reglamento del servicio de campaña francés de 1921. Pero esto lo veremos más adelante.

Nada de abstracciones: ¡sólo lo concreto!

Las premisas para la existencia de un ejército son, por supuesto, de carácter totalmente político. El estado debe tener una respuesta a la pregunta: ¿qué tipo de ejército estamos preparando y con qué fin? Pero, puesto que nuestro ejército es revolucionario y consciente, también debe tener una respuesta clara y correcta a la pregunta. El punto cuatro de las tesis ucranianas pretende darla. Lo considero uno de los pasajes políticamente más peligrosos. Aquí se dice: “El hecho de que exista una profunda contradicción de principios entre el sistema de estatalidad proletaria, por una parte, y el mundo burgués-capitalista circundante, por otra, hace inevitables tanto los choques como los conflictos entre estos dos mundos antagónicos. En consecuencia, la tarea de la educación política en el Ejército Rojo consiste en apoyar y fortalecer su constante disposición a la lucha contra el capital mundial. Esta disposición combativa debe consolidarse mediante un trabajo político planificado, realizado sobre la base de la ideología de clase proletaria en formas vivas y comprensibles para todos”.

Aquí el planteamiento de la cuestión no es deliberadamente político, sino abstracto, erróneo y peligroso en su esencia. El conflicto entre el proletariado y la burguesía se desarrolla en todo el mundo. En el curso de este conflicto, o bien nuestro país será atacado, o bien nosotros mismos atacaremos. El ejército debe estar preparado, educado sobre la base de la ideología de clase proletaria, “en formas vivas y comprensibles para todos”. Pues sí, ¡éste es el doctrinarismo comunista más abstracto, al que todos nos opusimos en la última sesión, cuando hablamos de la propaganda militar! He aquí un programa espléndido: en el primer semestre convertir en comunistas a una

cuarta parte de los campesinos del Ejército Rojo, en el segundo semestre añadir otra cuarta parte, y después otra cuarta parte, y de este modo, es decir, mediante la propaganda en los cuarteles, alterar la correlación de clases en nuestro país y crear un ejército cuya conciencia política tenga como fuerza motriz la ideología de clase internacional del proletariado. Pero ustedes saben que éste es un planteamiento radicalmente falso, deliberadamente utópico.

Ayer todos parecíamos decir: no olvidéis que nuestro ejército está formado, en su inmensa mayoría, por jóvenes campesinos. Es un bloque entre la minoría obrera que dirige y la mayoría campesina que es dirigida por ella. La base del bloque es la necesidad de *defender* la república soviética. Hay que defenderla porque está siendo atacada por la burguesía y los terratenientes, enemigos internos y externos.

Toda la fuerza del bloque de obreros y campesinos se basa en la conciencia de este hecho. Naturalmente, nos reservamos el derecho programático de golpear al enemigo de clase por iniciativa propia. Pero una cosa es nuestro derecho revolucionario y otra la realidad de la situación de hoy y las perspectivas de mañana. Para algunos esto puede parecer una distinción de importancia secundaria, pero yo afirmo que la vida y la muerte de nuestro ejército dependen de ello. Quien no entienda esto no entiende nada de nuestra época y, en particular, no entiende qué es la NEP². Es como si dijéramos que, sobre la base de la ideología proletaria, “en formas vivas y comprensibles para todos”, hay que educar a todo el pueblo en el espíritu de la organización socialista de la economía. Es fácil decirlo. Pero, en ese caso, ¿qué necesidad tenemos de la Nueva Política Económica, con su descentralización, su mercado, etc.? Se dirá que es una concesión a los mujik. Eso es lo que es. Si no hubiéramos hecho esta concesión, la república soviética habría sido derrocada. ¿Cuántos años durará esta fase de la economía? No lo sabemos: dos años, tres, cinco o diez: hasta que llegue la revolución en Europa. ¿Cómo quiere evitar esto con su “cosmovisión militar”? Quieren que el campesino esté preparado en cualquier momento, sobre la base de la doctrina proletaria, para ir a la guerra en los frentes internacionales por la causa de la clase obrera. Es nuestro deber educar a los comunistas y a los obreros avanzados en este espíritu. Pero suponer que se puede construir un ejército sobre esta base, como bloque armado de los obreros y los campesinos, es ser un doctrinario y un metafísico político, porque los campesinos están imbuidos de la idea de la necesidad de que exista el Ejército Rojo sólo en la medida en que han comprendido que, a pesar de nuestros profundos esfuerzos por la paz y de las grandísimas concesiones que hemos hecho, los enemigos siguen amenazando nuestra existencia.

Naturalmente, la situación puede cambiar: los grandes acontecimientos en Europa pueden crear condiciones muy diferentes para una iniciativa militar por nuestra parte. Esto está en completa armonía con nuestro programa. Pero, al fin y al cabo, no estamos escribiendo un programa. Tenemos que concebir métodos de trabajo educativo para el presente, no para la eternidad. Y aquí la consigna básica, decisiva, que corresponde a toda la situación y a toda nuestra política es la *defensa*. En la época en que el ejército se desmoviliza muy ampliamente, en que se reduce constantemente, en la época de la NEP, en la época del trabajo preparatorio, organizativo y educativo del movimiento proletario en Europa, después de la retirada que se ha ejecutado, en la época del frente único de la clase obrera, es decir, en el momento en que se intentan acciones prácticas conjuntas con la II Internacional y la Internacional 2 y ½, es ridículo y absurdo decir al ejército: “Puede ser que la burguesía nos ataque mañana, pero puede ser que mañana nosotros ataquemos a la burguesía.” Hacer esto significa tergiversar las perspectivas, oscurecer en la mente de los hombres del Ejército Rojo el significado educativo de nuestra posición conciliatoria

² “Informe sobre la Nueva Política Económica soviética y las perspectivas de la revolución”, “La situación económica de la Rusia de los soviets. [Tesis sobre la NEP y las perspectivas de la revolución mundial]”, y “La Nueva Política Económica”, en esta misma serie de nuestras EIS.

internacional y paralizar el enorme poder educativo, revolucionario, de esta posición conciliatoria, que se manifestará si, a pesar de todo, somos atacados.

La “concesión” al campesino del Ejército Rojo

Hubiera podido parecer que todas estas consideraciones habían sido aclaradas por nosotros, tanto en nuestro partido como a escala internacional: el III Congreso Mundial [de la Internacional Comunista]³ y la reciente conferencia se dedicaron en gran parte a estas cuestiones. Pero en cuanto nos fijamos el objetivo de crear una especie de concepción militar unificada del mundo, de inmediato todas las premisas políticas establecidas para nuestra actividad nacional e internacional saltan en pedazos, y tomamos como punto de partida abstracciones desnudas: “¡la lucha de clases internacional, nos atacan, atacaremos, etc., debemos estar preparados para tomar la ofensiva!”. No se puede realizar impunemente un experimento de este tipo en la conciencia de las masas del Ejército Rojo. Ellas quieren saber, y tienen derecho a saberlo, junto con todos los trabajadores de nuestro país: ¿qué clase de ejército estamos preparando y con qué fin? No para el año 1930, sino para hoy. ¿Por qué mantenemos a la quinta de 1899 sirviendo bajo la bandera y por cuánto tiempo? Nuestras respuestas a estas preguntas sólo serán claras y convincentes si nosotros mismos nos abstenemos de empezar a liarlos.

Pero el punto cinco ahonda en el error doctrinario. Aquí se afirma rotundamente que “el ejército cumplirá en adelante su misión de combate en condiciones de guerra revolucionaria, ya sea defendiéndose contra el ataque del imperialismo o avanzando junto con los trabajadores de otros países en una lucha conjunta”. Estas dos eventualidades se presentan como si fueran igualmente válidas para el momento presente: o sucederá esto, o aquello. Pues bien, ¿cómo le dirían a un campesino de Saratov: “O le llevamos a Bélgica para derrocar allí a la burguesía, o defiende usted la provincia de Saratov contra una fuerza expedicionaria anglofrancesa desembarcada en Odessa o Arcángel”? ¿Se atreverían a plantear una pregunta así? Jamás. Cualquiera de vosotros, dirigiéndose a un regimiento, o a una reunión de obreros y campesinos, se ceñiría invariablemente a la realidad y diría: estamos de acuerdo, bajo ciertas condiciones, en pagar las deudas zaristas, porque queremos evitar la guerra; pero las maquinaciones de nuestros enemigos son muy poderosas, y todavía estamos obligados a mantener en el ejército, por el momento, a la quinta de 1899... Cuanto más fácticamente, cuanto más concretamente expongamos a nuestro auditorio las dificultades de nuestra posición internacional, la magnitud de las concesiones que hemos hecho, tanto más claramente podrán comprender la necesidad de conservar el Ejército Rojo y, al mismo tiempo, tanto más corresponderá lo que digamos a la verdad de hoy. Pero si planteamos la “doctrina” (o nos atacan o les atacamos), no haremos más que confundir a nuestros comisarios, trabajadores políticos y mandos, pues les daremos una imagen falsa de la realidad e impartiremos un tono falso a toda nuestra agitación. Con ese discurso abstracto nunca llegaremos al corazón del mujik. Esta es la manera más segura de confundir nuestra propaganda militar y nuestra agitación política.

Un atentado a la vida de la filosofía

Punto seis de las tesis. Aquí pasamos de la política a la estrategia, es decir, a la esfera de las cuestiones puramente militares. Como ustedes saben, estas tesis fueron formuladas por el camarada Frunze. Para evitar cualquier malentendido, debo decir que considero al camarada Frunze como uno de los más talentosos de nuestros trabajadores militares y que nunca emprendería yo mismo el trabajo estratégico práctico que le

³ Ver los materiales del Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista (entre ellos los relativos al frente único) en *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones*, en nuestra serie *Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*.

encomendaría. Pero la cuestión que hoy nos ocupa no es la labor del camarada Frunze como destacado dirigente militar, sino su intento de crear una filosofía militar. El difunto Plejánov, que hacia el final de su vida cometió muchos pecados en política, era, como es bien sabido, especialmente exigente en lo que se refiere a cuestiones de filosofía. Solía decir que un marxista tiene derecho a no ocuparse de filosofía; pero, si tú, fulano de tal, te ocupas de ella, e incluso lo haces en voz alta, entonces no embrolles las cosas. Este era su precepto favorito. Si sorprendía a alguien cometiendo desviaciones en filosofía, atacaba como un lebel. A veces le decían: “Georgi Valentinovich, ¿por qué atacas a ese hombre tan salvajemente? Quizá no ha tenido tiempo de estudiar filosofía”. Y Plejánov respondía: “Entonces, que se calle y que no diga lo que piensa, porque de ello pueden derivarse consecuencias políticas nefastas”.⁴ Plejánov pilló a Peter Struve en un embrollo filosófico mucho antes de que Struve empezara a apartarse políticamente del marxismo.

Lo que tenemos ante nosotros no es filosofía en el verdadero sentido de la palabra, sino un intento de filosofía militar. Por el momento, no estamos obligados en absoluto a emprender tales estudios. Tenemos una orientación general. En cuestiones militares es posible ser empirista, corregir y mejorar sobre la base de la experiencia. En la esfera de la organización militar me he permitido ser empirista, y no habría tenido nada que decir si el camarada Frunze hubiera seguido siendo empirista en la esfera de la estrategia. Pero ha hecho generalizaciones, se ha adentrado en la esfera de la filosofía de la estrategia y, en mi opinión, la ha liado parda. Él mismo tiene fuertes raíces en la estrategia, pero puede hacer que otros se extravíen.

He aquí cómo reza el punto seis: “Hasta ahora nuestra revolución ha tenido que conducir su lucha empleando los mismos métodos básicos de táctica y estrategia militar que se practican en los ejércitos de los países burgueses”. Tomen nota de ello. Ahora oigamos cómo continúa: “Pero el cambio en el carácter y en los efectivos del Ejército Rojo causado por la revolución, que ha asignado el papel dirigente en el ejército a los elementos proletarios, se ha reflejado en la forma en que se aplican los procedimientos generales de táctica y estrategia.” Esto está expresado de forma muy ponderada y vaga. Pero sigamos leyendo.

En el punto siete se dice: “Nuestra guerra civil fue predominantemente una guerra de maniobras. Ello se debió no sólo a condiciones puramente objetivas (la amplitud del teatro de operaciones, el tamaño comparativo de las fuerzas combatientes, etc.), sino también a las cualidades internas del Ejército Rojo, a su espíritu revolucionario, a su ímpetu combativo, como manifestación de la naturaleza de clase de los elementos proletarios que desempeñan el papel dirigente en él”. Se nos acababa de decir que, hasta ahora, nos basábamos en la estrategia “burguesa”, pero aquí se dice que nuestra guerra civil tenía el carácter de una guerra de maniobras debido a la naturaleza de clase del proletariado. Esta discrepancia no es casual. Decir que el carácter de maniobra de la guerra estaba determinado no sólo por las condiciones materiales (vastedad del territorio y baja densidad de las fuerzas), sino también por las cualidades “internas” del Ejército Rojo como tal, es hacer una afirmación que es falsa de principio a fin. No hay nada que la apoye, no se puede encontrar ninguna base para ella y apesta a fanfarronería.

Rasgos característicos de nuestra capacidad de maniobra

Debemos empezar analizando nuestra capacidad de maniobra. Se desarrolló primero entre nuestros enemigos, no entre nosotros. Eso, después de todo, es un hecho histórico: nuestros enemigos nos enseñaron a maniobrar. Ya lo he demostrado en mi artículo sobre la doctrina militar⁵. El entusiasmo por las maniobras comenzó sobre todo

⁴ Ver las [Obras escogidas de G. V. Plejánov](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#), biblioteca general del pensamiento revolucionario.

⁵ “[Doctrina militar o doctrinarismo pseudomilitar](#)”, en esta misma serie de nuestras EIS.

con las incursiones, y, de nuevo, fueron los blancos quienes las iniciaron, y al principio las llevaron a cabo mejor que nosotros. Nos enseñaron a maniobrar. Eso, en primer lugar: nadie puede negarlo. Se debió al hecho de que sus tropas estaban más preparadas que las nuestras y contaban con un cuadro de oficiales más numeroso que el nuestro. Al principio tenían más caballería (¡los cosacos!). Por consiguiente, estaban mejor adaptados a las maniobras. Al mismo tiempo, tenían menos masas campesinas, y las que tenían eran, por razones políticas, mucho menos fiables que las nuestras. Esto les obligaba a maniobrar. Intentaron compensar en velocidad (movilidad) lo que les faltaba en masa. Nosotros aprendimos de ellos. Esto es un hecho indudable. Entonces, si se dice que la capacidad de maniobra se deriva de la naturaleza revolucionaria del proletariado, ¿cómo se explica la estrategia de los blancos? La falsedad de vuestra afirmación es flagrante.

Hay una cosa que se puede decir: la maniobra, en el verdadero sentido, está más allá de la capacidad del campesinado, tanto en los movimientos revolucionarios como en los contrarrevolucionarios, porque, cuando se deja al campesinado a su aire, la forma de guerra verdaderamente campesina es la guerra de guerrillas (igual que en la religión, el campesinado no puede ir más allá de la secta: no puede crear una iglesia). El campesinado es incapaz de crear un estado con sus propias fuerzas: vimos un ejemplo particularmente llamativo de ello en el movimiento Majnó de Ucrania. Para que el campesinado pueda elevarse al nivel de un estado y un ejército, necesita tener la fuerza de otro sobre él. En el caso de los blancos fueron los nobles, los terratenientes y los oficiales burgueses, que habían aprendido algo de los oficiales terratenientes. Cogieron a los campesinos por el cuello, colocaron sobre ellos un aparato centralizado de coerción, saturado de oficiales, y se pusieron a maniobrar. En nuestro caso el papel director lo desempeñaron los obreros, que reclutaron a los campesinos, los organizaron y los condujeron hacia adelante. En la medida en que la capacidad de maniobra (¡no la guerra de guerrillas!) presupone una organización militar centralizada en la guerra civil, ésta era una propiedad de ambos bandos. No nos digan que la capacidad de maniobra es el resultado de las cualidades revolucionarias del proletariado. Eso es falso. Resulta del tamaño del país, del número de las fuerzas comprometidas, de las tareas objetivas a las que se enfrenta un ejército como tal, pero en absoluto de la naturaleza revolucionaria del proletariado.

¿Y cuáles eran los rasgos característicos de nuestras maniobras en el pasado? Su rasgo básico, por desgracia, era la falta de forma. Tenemos buenas razones, camaradas, para estar orgullosos de nuestro pasado, pero no tenemos derecho a idealizarlo acríticamente. Tenemos que aprender y progresar. Y para ello es necesario evaluar críticamente, y no cantar himnos de alabanza.

¡Doctrina no, cuadros!

Apenas hemos hecho análisis o evaluaciones críticas de las maniobras en la guerra civil y, sin embargo, sin ello no progresaremos. Hubo excelentes planes individuales, hubo operaciones brillantes desde el punto de vista de la maniobra y que nos valieron muchas victorias, pero, en conjunto, nuestra línea estratégica se caracterizó por la falta de forma. Atacábamos impetuosa y resueltamente, maniobrábamos con audacia, pero a menudo nuestras maniobras nos obligaban a retroceder cientos de verstas. Explicar esto por el carácter revolucionario del proletariado, por su espíritu combativo, etc., es dar gato por liebre. El carácter revolucionario de los obreros avanzados y de los campesinos conscientes se expresa en su abnegación y su heroísmo, durante todo tipo de operaciones, bajo cualquier tipo de estrategia. La inestabilidad y la falta de forma de nuestra estrategia de maniobra, sin embargo, se debían al hecho de que nuestro ímpetu militante estaba, la mayoría de las veces, insuficientemente organizado: carecíamos de verdaderos cuadros serios. Ahí está la clave de la cuestión: nuestros mandos subalternos eran demasiado débiles, y los de nivel intermedio estaban insuficientemente formados. Por eso, planes a veces excelentes se vinieron abajo y se desmoronaron en el proceso de

ejecución, dando lugar a gigantescos saltos hacia atrás. En casi todos los frentes tuvimos que librar la guerra dos veces, y en algunos casos tres. ¿Por qué? Por la insuficiencia, tanto cuantitativa como cualitativa, de nuestros cuadros.

La guerra es siempre una ecuación con muchas incógnitas. No puede ser de otro modo. Si se conocieran de antemano todos los factores de una guerra, no habría guerra: previendo cuál sería el resultado, un bando se rendiría simplemente al otro sin luchar. Pero la tarea del arte militar consiste en reducir al mínimo la cantidad de incógnitas en la ecuación de la guerra, y esto sólo puede lograrse garantizando la máxima conformidad entre un plan y su ejecución. ¿Qué significa esto? Significa disponer de tales unidades, y de tales comandantes para estas unidades, que permitan alcanzar el objetivo superando los obstáculos de espacio y tiempo mediante la combinación de métodos. En otras palabras, es necesario disponer de un aparato de mando estable y al mismo tiempo flexible, centralizado y al mismo tiempo elástico, que domine todas las prácticas necesarias y sea capaz de transmitir las a los de abajo. Se necesitan buenos cuadros. Tenemos ya bastante capacidad de maniobra y ya hemos idealizado suficientemente la maniobrabilidad. Este problema no puede resolverse alabando la capacidad de maniobra revolucionaria. Puede decirse que si de algo enfermaron nuestros mandos hacia el final de la guerra civil fue precisamente de *borrachera de maniobras*. Había una especie de adicción a la maniobra. Todo lo que se hablaba era de maniobrar. Estaban locos por las incursiones. Pero, ¿qué nos falta en realidad? Estabilidad en la propia maniobra, estabilidad que sólo puede asegurar un buen cuerpo de mandos en un ejército de maniobra. Es a esto a lo que debemos dedicar toda nuestra atención en el período de entrenamiento que tenemos por delante. La idealización esquemática de la capacidad de maniobra, que supuestamente se derivaría de la naturaleza de clase del proletariado, no nos hará avanzar, sino que nos frenará e incluso nos hará retroceder.

El peligro de la abstracción de la “guerra civil en general”

La idea del punto ocho, tal como se expresa aquí, encierra un peligro no sólo, y ni siquiera tanto, para nosotros como para los partidos revolucionarios de otros países. No debemos olvidar que otros están aprendiendo ahora de nosotros: y cuando hacemos generalizaciones revolucionarias, incluso revolucionario-militares, debemos tener en cuenta no sólo a Moscú y Járkov, también debemos mirar a occidente, para no sembrar malentendidos allí. El punto ocho de las tesis dice: “Las condiciones de las futuras guerras revolucionarias presentarán una serie de peculiaridades que acercarán estas guerras al tipo de guerra civil. En relación con este hecho, estas guerras serán sin duda guerras de maniobra. Por lo tanto, nuestros comandantes deben ser educados predominantemente en las ideas de maniobra y movilidad, y todo el Ejército Rojo debe ser preparado y entrenado en el arte de llevar a cabo marchas-maniobras de manera rápida y planificada”.

Por guerras revolucionarias deben entenderse aquí las guerras de un estado obrero contra un estado burgués, en contraste con las guerras puramente civiles, es decir, las guerras entre el proletariado y la burguesía de un mismo estado. El punto ocho expresa la idea de que las futuras guerras revolucionarias se aproximarán en su tipo a las guerras civiles y por esta razón serán guerras de maniobra. Pero, ¿a qué guerra civil nos referimos aquí? Evidentemente, a la nuestra, que tuvo lugar en las condiciones específicas de nuestras inmensas extensiones, nuestra baja densidad de población y nuestros deficientes medios de comunicación. Pero el problema es que estas tesis plantean un tipo abstracto de guerra civil, tomando como punto de partida la idea de que las maniobras resultan de la naturaleza de clase del proletariado, y no de la relación entre el teatro de la guerra y la densidad de las tropas implicadas. Y, sin embargo, después de todo, conocemos otro ejemplo de guerra civil a gran escala además del nuestro: ¡en Francia, la Comuna de

París!⁶ En ese caso, la tarea inmediata consistía en defender una plaza de armas fortificada, París, desde el que sólo se podría haber lanzado una ofensiva posterior. ¿Qué fue la Comuna, desde el punto de vista militar? Era la defensa de la zona fortificada de París. Esta defensa podía y debía ser activa y resistente, pero había que defender París a toda costa. Sacrificar París en aras de una maniobra habría significado cortar de raíz la revolución. Los comuneros no pudieron defender París: la contrarrevolución la conquistó y masacró a decenas de miles de obreros. Cómo puedo entonces, partiendo de la experiencia en las estepas del Don, del Kuban y de Siberia, decirle al obrero parisino: maniobrar resulta de vuestra naturaleza de clase. Una generalización precipitada de este tipo no es ninguna broma.

En los países industriales muy desarrollados, densamente habitados, con enormes centros de población y con cuadros de la Guardia Blanca preparados de antemano, la guerra civil puede asumir (y en muchos casos asumirá sin duda) un carácter mucho menos móvil y mucho más compacto; es decir, puede aproximarse a la guerra de posiciones. En general, no puede hablarse de posicionalismo absoluto, especialmente en la guerra civil. De lo que se trata aquí es de la correlación entre el elemento de guerra de maniobra y el elemento de guerra de posiciones. Y es posible afirmar con certeza que, incluso en nuestra estrategia de ultramaniobra en la guerra civil, estuvo presente un elemento de guerra de posición, que en ciertos casos desempeñó un papel importante. No cabe ninguna duda de que, en la guerra civil en occidente, *el elemento de la guerra de posición ocupará un lugar incomparablemente mayor que en nuestra guerra civil*. Que alguien intente negarlo. En la guerra civil de occidente, el proletariado, debido a su número, desempeñará un papel más importante y decisivo que en nuestro país. Sólo de esto se desprende cuán erróneo es vincular la maniobra con la naturaleza de clase del proletariado. Hungría, en su período soviético, carecía de territorio suficiente para poder crear un ejército mientras se retiraba y maniobraba: por esta razón la revolución tuvo que ceder ante sus enemigos. (*Vorochilov: "podrían haber maniobrado de otra manera"*) Es, por supuesto, una idea espléndida que se pueda maniobrar "de otra manera", es decir, incluyendo la maniobra en el marco de la defensa de una determinada plaza de armas. Pero, en tal caso, la guerra posicional ya regirá sobre cualquier maniobra que se realice. De vez en cuando, la maniobra desempeñará un papel auxiliar en la defensa de una zona concreta que sea el foco proletario de la propia guerra civil. Sin embargo, cuando hablamos de una estrategia de maniobra en la guerra civil, lo que tenemos en mente es el ejemplo ruso, en el que renunciamos a enormes extensiones de territorio y ciudades para preservar nuestra mano de obra y prepararnos para asestar un golpe a las fuerzas vivas del enemigo. Durante la Comuna, la situación en Francia era tal que la pérdida de París significaba el fin de la revolución. En la Hungría soviética el campo de conflicto, aunque más amplio, era todavía muy restringido. Pero incluso nuestro campo de maniobras no es ahora ilimitado. Nos engañamos a nosotros mismos cuando a menudo olvidamos que la contrarrevolución avanzó sobre nosotros desde las zonas fronterizas, donde no había focos de revolución realmente viables. De ahí el salvaje barrido de las operaciones y las monstruosas retiradas que podían tener lugar sin peligro mortal ni consecuencias mortales para la república soviética. A medida que los blancos se acercaban a Petrogrado, por una parte, y a Tula, por otra, nuestra plaza de armas adquiría para nosotros una importancia absolutamente vital. No podíamos rendir Petrogrado, ni Tula, ni Moscú, para luego "maniobrar" en el Volga o en el norte de Caucasia. Por supuesto, incluso la defensa de la plaza de armas de Moscú (si nuestros enemigos en 1919 hubieran desarrollado aún más su éxito) no nos habría llevado necesariamente a la inmovilidad de la guerra de trincheras. Pero la necesidad de aferrarnos al territorio y defender cada versta cuadrada nos habría

⁶ La Comuna (Comunas de París y Lyon), en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria.

enfrentado de forma mucho más imperiosa. Y esto significa que el elemento de guerra posicional habría crecido enormemente a expensas del elemento de maniobra.

El punto diez de las tesis reconoce la guerra de posiciones, pero añade en seguida, con santa alarma, que sería extremadamente peligroso que desarrolláramos “entusiasmo por los métodos de posición como forma básica de lucha”. ¿Por qué se dice eso? ¿Dónde han descubierto nuestros camaradas el peligro de que nos dejemos llevar por el entusiasmo por la guerra posicional? Hay adicción entre nosotros, pero es adicción a la maniobra, y en absoluto a la guerra de posiciones... ¿Acaso están pensando en nuestro departamento de ingeniería militar, que últimamente ha estado construyendo demasiadas fortalezas? Si no es así, no veo el sentido de esta salvedad.

¿La estrategia proletaria... del mariscal Foch?

El punto once dice: “La táctica del Ejército Rojo ha estado y seguirá estando impregnada de activismo, en el espíritu de operaciones ofensivas audaces y vigorosamente ejecutadas. Esto resulta de la naturaleza de clase del ejército obrero y campesino [¡otra vez!] y al mismo tiempo coincide con las exigencias del arte militar.” ¡“Coincide”! ¡Qué bien expresado! La maniobra, que resulta de la naturaleza de clase del proletariado, coincide exactamente con los requisitos del arte militar, ¡que fue creado por otras clases! “*En igualdad de condiciones*, el ataque es siempre más ventajoso que la defensa”. Si todas las demás condiciones son iguales, esto es correcto: no se puede negar. Pero eso no es todo. Más adelante leemos: “Porque el que ataca primero impresiona a su adversario mostrando que la suya es la voluntad superior” (*Reglamento del Servicio de Campaña* francés de 1921). Ya ven: la estrategia debe ser ofensiva porque, en primer lugar, esto resulta de la naturaleza de clase del proletariado, y porque, en segundo lugar, coincide con el reglamento del servicio de campaña francés de 1921. (*Risas. Vorochilov: “Eso no tiene nada de gracioso”*) Pero lo tiene. Me recuerda un poco, estimado camarada Vorochilov, a aquellos demócratas de Wurtemberg de 1848 que decían: queremos una república, pero con nuestro buen Duque a la cabeza... Así también aquí: queremos una estrategia verdaderamente proletaria, pero aprobada por el mariscal Foch. Así será más fiable. Una república, pero encabezada por un duque: ¡sin duda es lo mejor! (*Risas*) No hay nada gracioso aquí, por supuesto, según el camarada Vorochilov, pero cuanto antes lo elimine, mejor será para la dignidad teórica de nuestro ejército.

Y, además, es esencialmente falsa. En primer lugar, esta tesis (de Foch o de algún otro, no sé quién editó el nuevo reglamento de campaña francés) está siendo ahora objeto de un bombardeo muy severo precisamente en la literatura militar francesa. La ofensiva es, por supuesto, superior a la defensiva. Sin ofensiva no hay victoria. Pero decir que quien ataca *primero* hace mella en su adversario significa caer en un formalismo de la ofensiva. Sin ofensiva, no hay victoria. La ofensiva es, en última instancia, superior a la defensiva. Pero no hay que ser invariablemente el primero en atacar: hay que lanzar una ofensiva cuando la situación lo exija.

Recientemente ha aparecido un pequeño libro, de un escritor francés que firma con las iniciales “X. Y.”, bajo el título: *Sobre los principios del arte militar*. Los escritores militares alemanes declaran que este libro es la obra militar más notable producida en Francia desde la guerra. El autor se opone resueltamente a la tesis citada por el camarada Frunze del nuevo reglamento del servicio militar francés. Cita como ejemplo el intento de los franceses de ser los “primeros” en atacar en 1914, en el teatro de Lorena, donde los alemanes, en sus posiciones fortificadas, esperaban tranquilamente el ataque enemigo. En este caso, la ventaja moral estaba totalmente del lado de una defensa calculada y bien preparada, que era una auténtica trampa para el atacante. Durante el período final de la guerra, los alemanes tomaron la iniciativa en su ofensiva de verano de 1918. El ejército anglo-francés, tras resistir la ofensiva y agotar al enemigo, pasó a su vez de la defensa elástica a la contraofensiva, y esto resultó fatal para el ejército de Hohenzollern. Sin

ofensiva no hay victoria. Pero la victoria la obtiene el que ataca cuando es necesario atacar, y no el que ataca primero.

Si pensamos concretamente...

¿Pero no ha llegado el momento de dejar de hablar de “la ofensiva en general”? Mucha gente separa mentalmente de las operaciones de la guerra civil algún segmento, en el que atacamos con éxito y victoriosamente, y, partiendo de esta experiencia, dibujan para sí, a partir de este modelo, un cuadro de nuestras futuras ofensivas. Es necesario aprender a pensar de forma más concreta. Conocemos los estados que pueden arrastrarnos a la guerra. En consecuencia, el teatro potencial de la guerra está abierto al escrutinio. La guerra comienza con la movilización, la concentración y el despliegue de fuerzas. Por tanto, en nuestras previsiones estratégicas debemos empezar por las operaciones preparatorias: en primer lugar, por la movilización. ¿Quién empezará a atacar *primero*? Evidentemente, el adversario que haya reunido fuerzas suficientes para ello. ¿La movilización nos da la ventaja necesaria? Desgraciadamente, no. Al contar con la asistencia técnica de los países imperialistas, nuestros adversarios potenciales pueden poseer cierta ventaja, técnicamente, no sólo en lo que se refiere a la técnica militar, sino también en los transportes. Esto les dará, en consecuencia, ventaja en la movilización. ¿Qué conclusión se desprende de esto? Que nuestro plan estratégico (no un plan abstracto, sino un plan elaborado para una situación y unas condiciones concretas) debe tener en cuenta, para el período inicial de la guerra, no el ataque, sino la defensa. Su objetivo debe ser ganar tiempo para que la movilización se ponga en marcha. Por lo tanto, dejaremos deliberadamente que nuestro enemigo ataque primero, sin considerar en absoluto que con ello ganará alguna preponderancia “moral” sobre nosotros. Por el contrario, teniendo el espacio y el número de nuestro lado, marcaremos con calma y confianza la línea en la que la movilización, protegida por nuestra elástica defensa, reunirá el poder de ataque suficiente para que pasemos a la contraofensiva.

La formulación del reglamento del servicio de campaña francés es evidentemente incorrecta. Habla de la necesidad de ser los primeros en atacar, evidentemente desde el punto de vista de la necesidad de ganar tiempo. El tiempo es sin duda importante en el sangriento juego de la guerra.

Los jugadores de ajedrez saben lo importante que es el tiempo en un campo de 64 casillas. Pero sólo un joven jugador aventurero cree que el tiempo lo gana el que es el primero en hacer jaque. Al contrario, a menudo es una forma segura de perder tiempo. Si soy el primero en tomar la ofensiva, pero mi ataque no es suficientemente sostenido por la movilización, y me veo obligado a retirarme, interrumpiendo así mi propia movilización, entonces, por supuesto, habré perdido tiempo, quizás irremediablemente. Si, por el contrario, mi plan prevé una retirada preliminar, y si este plan es claramente comprendido por los mandos superiores, que confían en lo que les deparará el día siguiente, y si esta confianza se transmite hacia abajo sin que se hunda en el prejuicio de que uno debe ser invariablemente el primero en atacar, entonces tengo todas las posibilidades de recuperar el tiempo, y de ganar.

El punto catorce, que dice que es urgente que revisemos nuestros reglamentos, proposiciones e instrucciones, a la luz de la experiencia de la guerra civil, es absolutamente correcto. Pero esto lo dijimos hace tres años y lo sellamos con una decisión del congreso: se dictaron las órdenes correspondientes y se crearon instituciones para revisar los reglamentos. Desgraciadamente, el trabajo avanza con bastante lentitud. Hay que acelerarlo. Pero informarnos, bajo el pretexto de una nueva “doctrina militar”, de que debemos revisar nuestros reglamentos, cuando hace tiempo que se han creado las instituciones correspondientes para este fin, es abrirse paso innecesariamente a través de puertas que llevan mucho tiempo abiertas.

Las conclusiones prácticas al final de las tesis son, en general, correctas. Pero no se desprenden en absoluto de las premisas y, además, son insuficientes: tampoco concretan la tarea central, que es asegurar la estabilidad y la destreza del ejército mediante la educación de los mandos subalternos. ¡Necesitamos comandantes de sección! Sea cual sea la estrategia que nos imponga el desarrollo de los acontecimientos (una estrategia de maniobra, una estrategia de posiciones o una estrategia que combine ambos elementos), el factor básico de las operaciones sigue siendo la unidad militar, y su célula básica es la sección, encabezada por el comandante de sección. Este es el ladrillo con el que, si está bien cocido, se puede construir un edificio.

Antigüedad en la “novedad”

Después de leer las tesis del camarada Frunze, volví a leer *La ciencia de la victoria* de Suvorov. La palabra “ciencia” en el título es, por supuesto, incorrecta: pero Suvorov la entendía de forma simplista, es decir, en el sentido de algo que hay que aprender. Precisamente en ese sentido, cuando un soldado era azotado, se le amonestaba: “Aquí tienes la ciencia”. Al dictado de Suvorov, el teniente general Prévost de Lumian redactó siete leyes de la guerra. Éstas son.

- 1.- No actúes más que ofensivamente.
- 2.- En la marcha - velocidad: en el ataque - impetuosidad, frío acero.
- 3.- No se necesita metodismo, sino una verdadera actitud militar.
- 4.- Todo el poder para el comandante en jefe.
- 5.- El enemigo debe ser atacado y vencido en el campo: así que no te aferres a las zonas fortificadas, penetra al enemigo.
- 6.- No pierdas tiempo en asedios. Lo mejor es el asalto directo.
- 7.- Nunca disperses tus fuerzas para ocupar puntos. Si el enemigo te ha flanqueado, tanto mejor: él mismo se encamina hacia la derrota.

¿Qué es esto sino la doctrina proletaria? Exactamente la estrategia ‘resultante de la naturaleza de clase del proletariado’ y de la guerra civil, ¡sólo que expresada un poco más breve y mejor!... Suvorov estaba, por supuesto, a favor de la ofensiva. Pero también decía: no metodismo, sino una verdadera perspectiva de soldado... Incluso así, Suvorov, después de todo, llevó a la batalla a un ejército de siervos comandado por oficiales de la nobleza. Resulta, pues, que los principios de la “doctrina proletaria de la ofensiva” coinciden no sólo con los reglamentos del servicio de campaña de la Francia burguesa-imperialista, ¡sino también con la “ciencia” militar de la Rusia de nobles y siervos de Suvorov!

De esto no se deduce en absoluto que “las leyes de la guerra sean eternas”, como dicen algunos pedantes. Lo que tenemos aquí no son leyes, en el sentido científico, sino procedimientos prácticos. Ciertas generalizaciones muy simples (como, por ejemplo, el consejo: “Cuando ataques, ataca impetuosamente”) se aplican a todas las formas de lucha entre seres vivos. El golpe de efecto, la rapidez y la agresividad son necesarios no sólo durante los enfrentamientos entre dos fuerzas organizadas y armadas, sino también en una pelea a puñetazos entre dos niños pequeños, e incluso cuando un sabueso persigue a una liebre. Pero si los siete mandamientos de Suvorov no son leyes eternas de la guerra, menos aún pueden hacerse pasar por los principios más actualizados de la estrategia proletaria.

¿Hay alguna diferencia entre el Ejército Rojo y el ejército de Suvorov? La hay. Una enorme. Incalculable. Allí había un ejército de siervos, un ejército ignorante. Aquí tienes un ejército revolucionario, cuya conciencia está creciendo. Los objetivos son diametralmente opuestos. Estamos subvirtiendo todo lo que Suvorov defendía. Pero esta diferencia no es de doctrina militar, sino de concepción del mundo político de clase. En este pequeño libro suyo, en sus aforismos, Suvorov expone también una concepción social del mundo. Sin ella, Suvorov no habría sido comandante de ejércitos. Toda su habilidad psicológica consistía en sacar el máximo provecho del instrumento constituido

por el soldado siervo. En su doctrina social Suvorov se basaba en dos polos: azotes y “Dios con nosotros”. En su lugar tenemos el programa comunista y la constitución soviética.

Aquí hemos dado un cierto paso adelante. Y no pequeño. A este respecto, las tesis de Járkov apenas pueden aportarnos nada nuevo. Y, de hecho, no sentimos ninguna necesidad de renovar nuestra concepción social del mundo. En lo que se refiere a las cuestiones de estrategia, como hemos visto, todo se reduce a esto, a que aquellos que empezaron prometiendo una nueva doctrina proletaria terminaron copiando las reglas de Suvorov, e incluso entonces cometieron errores.

II

Doctrina, perspectiva, visión monista

En primer lugar, debemos ocupar las posiciones que han sido abandonadas por el adversario en su retirada de “maniobras”. Esa es la primera tarea...

El camarada Frunze admite que en sus formulaciones hay algunas inexactitudes, imprecisiones, discrepancias. Si se tratara del borrador de un artículo, tales defectos serían, por supuesto, bastante naturales. Pero cuando se dice: “Tú no tienes doctrina, pero yo sí”, como dice el camarada Frunze, se trata de algo muy distinto. Al fin y al cabo, en el X Congreso del partido, los camaradas Frunze y Gusev me reprocharon muy severamente mi falta de interés por la cuestión de la doctrina militar, en la que, según ellos, radicaba todo el meollo de la cuestión. En aquel momento me golpearon ligeramente la cabeza con un volumen de Engels (sin motivos suficientes, pero eso lo dejo para otra ocasión). ¿Qué había que hacer? Engels escribía como teórico de asuntos militares, mientras que nosotros seguimos luchando empíricamente. Bien, muéstrennos su “doctrina”, camaradas críticos. Pero háganlo con cuidado. Se puede luchar con un tenedor de horno, si no se dispone de otra arma, pero no se puede escribir teoría con un tenedor de horno: se necesitan instrumentos diferentes. Pero, después de todo, ¿nos obliga alguien a precipitarnos con este asunto? No hay ninguna prisa. Es cierto que el camarada Frunze insinúa con mucha delicadeza que después de la guerra ruso-japonesa, por orden del zar, hubo que poner fin a toda discusión sobre doctrina militar y estudiar los reglamentos. Parece verse aquí una analogía poco agradable: el camarada Frunze propone abordar la cuestión de la doctrina, pero yo “ordeno” que cesen las discusiones perversas y se emprenda el estudio de los reglamentos.

Pero en realidad esta comparación es muy arbitraria, y su puya se vuelve contra el mismo camarada Frunze. Porque, ¿cuál era la tarea y la finalidad de aquellos oficiales rusos que, después de la guerra ruso-japonesa, empezaron a hablar de doctrina militar? Eran el elemento crítico del ejército. Estaban descontentos con su estructura y querían que se introdujeran cambios. Era el sector progresista de los oficiales, los que más tarde se unieron en torno a Guchkov y Miliukov, y a los que los Cien Negros llamaban los “Jóvenes Turcos”. Así, para ellos, la bandera de la doctrina militar era la bandera de la crítica al pasado y un programa de reforma del ejército. Querían europeizar nuestro ejército, en la medida de lo posible, e incluso buscaron apoyo para ello en la Duma Estatal. Se les ordenó callarse, no criticar, no socavar el asiaticismo autocrático. Pero, ¿cómo están las cosas con nosotros? ¿En qué consiste la doctrina del camarada Frunze? Consiste en una idealización acrítica del pasado. Nuestros heraldos de la doctrina pretenden deducir de la naturaleza de clase del proletariado, y perpetuar, lo que fue característico de un determinado período de la guerra. ¿De qué me acusó el camarada Frunze en su discurso? De no estar hechizado por el pasado. Para él, la idealización del pasado es un elemento necesario de la educación moral del ejército. Pero éste era precisamente el punto de vista de los que inspiraron a Nicolás su orden imperial: dejar de discutir sobre doctrina, para no socavar el hechizo del pasado. Pero nosotros les decimos: por favor, no amenacen con

asfixiar al enemigo con sus gorras, aunque sean revolucionarias, sino empecemos a aprender del enemigo el ABC de los asuntos militares. Aquí es donde radica el desacuerdo básico, y esto es lo que el camarada Frunze no quiere comprender.

El camarada Minin, en cambio, nos ha enriquecido con un nuevo término. Si rechazamos la doctrina militar unificada, y si el camarada Frunze está dispuesto a rechazar también la concepción militar del mundo, entonces el camarada Minin nos ofrecerá una “visión monista” de los asuntos militares. Eso suena orgulloso: una visión monista, eso no es peor que su doctrina militar. Pero, ¿qué significa esto? ¿Que es necesaria la unidad de puntos de vista, procedimientos y métodos, en el marco del ejército? Por supuesto. No hace falta gastar palabras para demostrar que un ejército es incompatible con un orden, o desorden, en el que unos tiran para aquí y otros para allá. ¿Estamos de acuerdo, entonces? Es necesaria la unidad de métodos, llamemos a esta unidad “doctrina”, ¡y ya está! el camarada Kashirin hizo una propuesta así, más o menos: el estado debe definir sus puntos de vista sobre la guerra en forma de doctrina única. Entonces, ¿toda la disputa es sólo de palabras? No, en efecto. La esencia de la disputa se encuentra más profundamente, en la confusión entre conceptos. ¿Qué entiende usted, en última instancia, por doctrina militar? ¿Se refiere a la respuesta a la pregunta de por qué luchamos, o a la pregunta de *cómo* luchamos, o, finalmente, a ambas preguntas juntas? (*Kashirin: “A ambas preguntas”*.) Eso es: se necesita una doctrina militar en el sentido de algún tipo de respuesta sobre “el significado y los objetivos de la guerra”. Aquí estáis totalmente cautivos del estado burgués. Debido a que el estado burgués emprende y libra guerras para el saqueo y la opresión, se ha visto obligado a motivar los verdaderos objetivos de la guerra mediante una “doctrina militar nacional” especial y ceremonial. El propósito de esta doctrina es engañar a las masas, hipnotizarlas y cegarlas.

Cautivos de la ideología burguesa

La doctrina británica es: el papel civilizador de los anglosajones en todo el mundo, y especialmente en las colonias. Los más altos intereses de la cultura exigen que Gran Bretaña gobierne los mares, por lo que la armada británica debe ser más fuerte que las dos siguientes armadas más fuertes juntas. Detrás de esta doctrina militar se esconden los intereses de clase de la burguesía. ¿Es necesario que creemos una doctrina especial para explicar por qué tenemos que luchar y por qué? En absoluto. Tenemos el programa comunista, tenemos la constitución soviética, tenemos la ley agraria, ahí tienen la respuesta. ¿Qué más necesitan? ¿Hay algún otro país cuya respuesta sea tan poderosa como la que dio nuestra revolución? Nuestra revolución destruyó las clases dominantes y poseedoras, entregó el poder al pueblo trabajador y dijo: defended este poder, defendeos vosotros mismos, esos son vuestros objetivos de guerra.

Ustedes exigen que el ejército se fije un objetivo en forma de algún tipo de doctrina, sin embargo, la revolución ha creado un ejército a partir de nosotros para sus propias necesidades, y nos ha ordenado: estudien los asuntos militares como deben ser estudiados, y luchen como sea necesario luchar. Y luchamos durante más de tres años. Luego, cuando las cosas se pusieron un poco más fáciles, nos hicimos una pregunta seria: ¿dónde vamos a encontrar una doctrina que nos explique *por qué* debemos luchar? Sí, en efecto, ¡qué pedantería tan absurda! Hay una segunda pregunta: ¿*cómo* debemos luchar? Aquí se nos dice que necesitamos unidad de método. Bueno, por supuesto: ¿y para qué si no combatimos el guerrillerismo, el localismo y las nociones caseras? ¿Para qué si no creamos un aparato centralizado, encabezado por el Consejo de Guerra Revolucionario de la República? ¿Para qué compusimos reglamentos e instrucciones y establecimos tribunales? ¡Cuántas veces tuvimos que explicar y demostrar, incluso personalmente, que era mejor una unidad de métodos deficientes que una diversidad de los mejores! Tuve que demostrarlo también en la lucha contra el guerrillerismo en Tsaritsin, en la ciudad natal del camarada Minin, que ahora se opone a que *uno tire para un lado mientras otro tira*

para otro lado. En aquellos días, algunos de los que ahora apoyan la doctrina militar solían declarar que, en el frente, cumplirían las órdenes buenas, pero se negarían a cumplir las que consideraban incorrectas. En aquellos días era necesario tratar con severidad a los comandantes de divisiones y brigadas de mentalidad separatista, que habían surgido de un medio guerrillero y no querían comprender la importancia de la unidad de organización y la importancia de la unidad de método⁷. Todos nuestros esfuerzos, a lo largo de todo el período de existencia del Ejército Rojo, consistieron en asegurar el máximo grado de planificación, la mayor unidad, la más estrecha coordinación. Al fin y al cabo, éste era el objetivo al que servían, y siguen sirviendo, todos nuestros reglamentos, instrucciones, decisiones, órdenes, circulares, comisiones de inspección y tribunales. Y hoy una parte considerable del intercambio que tiene lugar entre el Consejo de Guerra Revolucionario de la República, por una parte, y los distritos y frentes militares, por otra parte, se refiere a la lucha *contra sus desviaciones de las instrucciones y normas* establecidas por el centro. Naturalmente, nuestros reglamentos e instrucciones no son absolutos. Los revisaremos a la luz de nuestra experiencia. Revisando y mejorando nuestros métodos mantenemos su unidad. Al trasladar la cuestión al plano de las discusiones elementales sobre la utilidad de la unidad de método, en realidad ustedes nos hacen retroceder tres años, al período de nuestra lucha contra el guerrillerismo y el separatismo; y presentan esto como una especie de nueva doctrina militar.

Ofensiva y defensiva

El camarada Kuzmin ha abordado la cuestión de la guerra ofensiva y defensiva. Y resultó que aquí no hay ninguna dificultad. El camarada Kuzmin ha disipado enseguida todos esos problemas con un gesto de la mano. *Trotsky* polemiza contra la guerra revolucionaria ofensiva y está a favor de la defensiva. Pero ahora yo, *Kuzmin*, digo a los hombres del Ejército Rojo, a los obreros y a los campesinos: “Rusia es hoy una fortaleza asediada y vosotros sois su guarnición; pero mañana, tal vez, tendréis que salir de la fortaleza al campo abierto para romper un bloqueo”. Y eso es todo: así de simple. Pero, después de todo, camaradas, eso no es un planteamiento político serio de la cuestión, es simplemente el planteamiento de un escritor de artículos periodísticos. Basta, como ven, con encontrar una comparación adecuada, una imagen militar, para disipar todas las dificultades con un gesto de la mano... No, ése no es el quid de la cuestión. Lo que hay que hacer es precisamente esto: distinguir claramente el problema político del estratégico. Políticamente, nos mantenemos firmes en una posición de defensa. No queremos la guerra, y toda la población de nuestro país debe saberlo y comprenderlo. Estamos tomando todas las medidas posibles para evitar la guerra. Anunciamos nuestra disposición, bajo ciertas condiciones, a pagar las deudas zaristas. Recuerdo que un camarada me dijo: “¿Por qué dices abiertamente que estamos dispuestos a reconocer las deudas *zaristas*?” Este camarada parecía avergonzado de que hubiéramos tenido que hacer tal concesión, y trató de presentar el hecho a los obreros y campesinos de forma disimulada. Esto es un craso error. Tenemos que hablar con claridad, sencillez y franqueza. Y, en última instancia, esto sólo nos beneficiará a nosotros. A los obreros y campesinos les decimos lo siguiente. Exigen que paguemos las deudas zaristas. El zar sacó dinero de la bolsa para estrangularles a ustedes, los obreros y campesinos, y ahora exigen que ustedes, los obreros y campesinos, paguen por haber sido estrangulados por el zar. Y nosotros, el poder soviético, estamos dispuestos, dadas ciertas condiciones, a aceptar incluso el pago de estas deudas viles, deshonorosas y sangrientas. ¿Por qué? Porque queremos evitar a nuestro país el calvario de otra guerra”. De este modo explicamos a los campesinos el carácter pacífico y defensivo de nuestra política. Nos han lanzado bandas de bandidos. Los hemos exterminado, pero no hemos pasado a la ofensiva. Hemos

⁷ “Los comandantes deben saber obedecer”, en esta misma serie de nuestras EIS.

demostrado y seguimos demostrando una indulgencia increíble. ¿Por qué? Porque queremos garantizar la paz a nuestro pueblo. Esta es la base de nuestro trabajo de formación política en el ejército y en el país. Pero, ¿y si se nos niega la paz? ¿Y si nos vemos obligados a luchar? En ese caso, el campesino más atrasado comprenderá que la culpa es enteramente de nuestros enemigos, que no hay otra salida: entonces tomará su pica y saldrá a la batalla. También entonces nos será posible desarrollar una guerra ofensiva, en el sentido estratégico de la expresión. El hombre del Ejército Rojo, el obrero y el campesino dirán entonces: “Toda nuestra política se orientó hacia la defensa y las relaciones pacíficas. Pero si estos vecinos nuestros, estos gobiernos nos niegan la paz, a pesar de todos nuestros esfuerzos, entonces, para defendernos, no nos queda más remedio que derrocarlos.”... Esta será la conclusión final a la que llegará todo el país en caso de que nuestra política defensiva y pacifista sea desbaratada por nuestros enemigos. Esta es la esencia de la cuestión. Quien entienda esto encontrará en el ejército la línea correcta para el trabajo político. Pero de poco servirán aquí las parábolas sobre una fortaleza asediada. Eso es sólo una metáfora, una imagen para que la utilicemos en un artículo de fondo o en un folletón. Un mujik de Samara que lo lea, o escuche a alguien que se lo lea, se rascará la cabeza y dirá: “El camarada Kuzmin escribe bien, es un escritor inteligente”. Pero, se lo aseguro, no saldrá a luchar por esa metáfora.

El camarada Vorochilov citó aquí mis palabras en el sentido de que, en determinadas condiciones, el camino de Petrogrado a Helsingfors puede resultar más corto que el camino de Helsingfors a Petrogrado. Sí, es cierto que he dicho eso. Y, bajo ciertas condiciones, estoy dispuesto a repetirlo. Pero, como ven, esto es precisamente lo que acabo de explicar. No significa en absoluto que tengamos la intención de atacar a ninguno de los países vecinos. Ustedes saben muy bien que es así. Es cierto que, en la zona fronteriza, donde nuestros combatientes han observado con especial atención el bandidaje que se origina en Polonia, Rumania y Finlandia, el sentimiento entre nuestras tropas a favor de asestar un golpe al otro lado de la frontera es a veces muy fuerte. “¡Hagamos la guerra!” Esas palabras se oyen a menudo allí, especialmente entre los soldados de caballería... Nuestros cadetes tampoco son reacios a probar en la práctica lo que estudian en teoría. Y, de hecho, en todo nuestro ejército prevalece, afortunadamente, un ambiente de preparación para la batalla.

Pero, después de todo, esto no agota la cuestión. Una guerra es un asunto grande, serio y prolongado. Supone nuevas movilizaciones de varias quintas, la requisición de caballos, la intensificación del servicio de transporte obligatorio, etcétera, etcétera. Es evidente que no se puede empezar una guerra con propaganda sobre la idea (correcta en abstracto) de que los intereses de los trabajadores son los mismos en todo el mundo, etc. Esta idea es correcta y debe ocupar un lugar muy destacado en nuestra propaganda, sobre todo dentro de nuestro propio partido. Pero hay una inmensa diferencia entre la propaganda sobre la idea de la revolución internacional y la preparación política de las masas trabajadoras de todo el país para los acontecimientos militares que pueden producirse en un futuro inmediato. Es la diferencia entre propaganda y agitación, entre una previsión teórica y la política actual. Cuanto más clara, persistente y concretamente, cuanto más irrefutablemente seamos capaces de mostrar y explicar a toda la población del país el carácter genuinamente pacifista y defensivo de nuestra política internacional, tanto más dispuesta estará toda la población a proporcionar las fuerzas y los recursos para una estrategia ofensiva a gran escala, en el caso de que se nos imponga la guerra. El camarada Frunze no se opone a ello. Al contrario, incluso ha declarado que sería una broma de lo más estúpida hablar de una guerra ofensiva a lanzar por nosotros en este momento. Es cierto. Pero lean algunos de los recientes artículos de los más cercanos colaboradores del camarada Frunze sobre esta cuestión: allí se dice que, hasta ahora, hemos estado “acantonados” a la defensiva, pero que ahora nos estamos preparando para una ofensiva. Está muy bien que el camarada Frunze se haya desvinculado decidida e

incluso tajantemente de este falso punto de vista *político*, que no puede traernos más que dificultades, confusión y perjuicios.

Pero ¿no podemos renunciar a la idea de la ofensiva política en general? Por supuesto que no. No pretendemos en absoluto renunciar a la revolución proletaria mundial y a la victoria sobre la burguesía a escala internacional. Seríamos traidores como los señores de la II Internacional y de la II y ½ Internacional si renunciáramos a la ofensiva revolucionaria. Pero, después de todo, la relación entre el trabajo defensivo preparatorio y la ofensiva fue elaborada con suficiente plenitud y claridad, a escala de la política internacional, en el III Congreso de la Internacional Comunista. También en ese congreso hubo partidarios de la doctrina de la ofensiva. Decían también: “La ofensiva corresponde a la naturaleza revolucionaria de la clase obrera, o al carácter de la época revolucionaria actual”. Y cuando fueron controlados y llamados al orden, estos “izquierdistas” gritaron: “¿Así que renunciáis a la ofensiva?” No renunciamos a nada, queridos camaradas; pero todo a su tiempo. Sin ofensiva, la victoria es imposible: pero sólo un simplón supone que toda la táctica política se reduce a la consigna: “¡Adelante!”.

En una situación de “triste necesidad”

La idea de una guerra revolucionaria ofensiva puede vincularse a la idea de una ofensiva proletaria internacional. Pero, ¿es ésta la consigna actual de la Comintern? No: hemos propuesto y defendemos la idea del frente único obrero, de acciones conjuntas incluso con los partidos de la II Internacional, que no quieren la revolución, sobre la base de la defensa de los intereses vitales actuales del proletariado, porque éstos están amenazados por todas partes por la burguesía agresiva. Nuestra tarea es ganar a las masas. ¿Cómo es posible, camaradas, que hayáis pasado por alto esta táctica, que no hayáis dominado su significado, que no hayáis captado su conexión con la nueva política económica en nuestro país? Es bastante obvio que lo que se necesita en este momento es un importante trabajo preparatorio, que en este momento tiene un carácter defensivo y que abarca a las masas más amplias. A partir de esta actividad se desarrollará inevitablemente, en una determinada fase, una ofensiva de masas dirigida por los comunistas: pero ésta no es la tarea de hoy. Poner nuestra propaganda militar en armonía con el curso general de la política de la clase obrera mundial. Es estúpido hablar al Ejército Rojo de guerra ofensiva revolucionaria cuando estamos llamando a los partidos comunistas de Europa a emprender una cuidadosa preparación sobre una base de masas cada vez más amplia. Cuando cambie la situación mundial, cambiará con ella la consigna de nuestro trabajo educativo.

Esta es la situación actual en lo que se refiere a la ofensiva en sentido político. Pero aún queda el aspecto estratégico y táctico de la cuestión. Y aquí, después de todas las explicaciones del camarada Frunze, sigo siendo enteramente de la opinión de que la fórmula del estado mayor francés es errónea, que adolece de formalismo de la ofensiva. Nuestro propio reglamento del servicio de campaña expresa considerablemente mejor la idea de la ofensiva. “La mejor manera de alcanzar el objetivo que se ha fijado es actuar agresivamente”. Nada se dice aquí de que el que ataca primero “demuestra que la suya es la voluntad más fuerte”. La tarea de la guerra es la derrota completa del enemigo. Esta derrota no puede lograrse sin una ofensiva. La voluntad más fuerte la demuestra el que crea las condiciones más favorables para la ofensiva y las explota hasta el final. Pero esto no significa, en absoluto, que para manifestar la fuerza de voluntad haya que ser el primero en atacar. Eso no tiene sentido. Si las condiciones materiales de la movilización no lo permitieran, sería un formalista sin remedio y un imbécil si basara mi plan en la proposición de que debo ser el primero en atacar. No, debería mostrar la superioridad de mi voluntad creando condiciones favorables para mi ofensiva, como segundo en atacar; arrebatando la iniciativa cuando se alcance un cierto límite, decidido de antemano, y obteniendo la victoria, aunque fuera el segundo en atacar. (Frunze: “eso es menos

ventajoso”) Esto puede ser menos ventajoso en relación con un país *abstracto*, que tiene ferrocarriles diferentes y un aparato de movilización distinto del nuestro: pero, después de todo, no estamos resolviendo un problema geométrico, sino esbozando un plan de acción concreto que depende de las condiciones materiales y espirituales de nuestro país en sus interrelaciones con otros países. Por una parte, el camarada Frunze subraya por todos los medios que debemos luchar con un nivel técnico a nuestra disposición inferior al que disfrutaban nuestros enemigos, e incluso parece introducir este nivel técnico inferior en nuestra “doctrina” militar. Por supuesto, debemos hacer todo lo posible para elevar nuestra técnica al nivel de la de nuestros enemigos. Pero se comprende perfectamente que ellos tendrán ventaja en aviación, por ejemplo. El camarada Frunze lo tiene en cuenta, lo subraya por todos los medios, y como uno de los medios para contrarrestarlo recomienda, por ejemplo, que nuestras tropas sean entrenadas para operar de noche. ¿Por qué, entonces, se olvida de la situación de los transportes, que es, en las condiciones actuales, uno de los departamentos más importantes de la técnica militar? Es inadmisibles olvidarse de la movilización, la concentración y el despliegue. Una estrategia seria debe partir precisamente de esto. Que es necesario atacar es indiscutible. Se afirma no sólo en nuestros reglamentos, sino también, y casi con las mismas palabras, en los antiguos reglamentos zaristas. Lo oímos de labios de Suvorov. ¿Cómo se puede vencer al enemigo si no es golpeándole en la cabeza? Y para ello hay que atacarlo, saltar sobre él. Eso lo sabían los líderes militares en tiempos del Antiguo Testamento. Pero usted quiere decirnos algo nuevo, nos habla de una estrategia proletaria que resulta de la naturaleza revolucionaria del proletariado. Por lo visto, no le satisfacen las formulaciones de nuestro reglamento de servicio en campaña. Usted concibe una formulación propia que (¡oh, qué sorpresa!) resulta estar tomada del reglamento del servicio exterior francés. Pero esta supuesta nueva formulación es incorrecta y obviamente no se ajusta a nuestras condiciones. Si les metemos en la cabeza a nuestros comandantes que una naturaleza revolucionaria y una “fuerte voluntad” exigen que ustedes sean los *primeros* en atacar, el período inicial de nuestras operaciones en el oeste puede confundir a nuestros comandantes, porque las condiciones pueden imponernos, y con toda probabilidad lo harán, un período inicial de elástica defensa y retirada de maniobras. (*Frunze: “Triste necesidad”*)... Sí, camarada Frunze, toda guerra es una cuestión de triste necesidad. Es en el marco de esta triste necesidad donde tenemos que construir nuestro plan, teniendo en cuenta otras ‘tristes necesidades’, si éstas son de mayor importancia. Y la condición de los transportes, en el sentido más amplio de la palabra, es una de las condiciones más importantes que rigen la guerra. En consecuencia, la naturaleza de nuestro país, sus distancias, la forma en que está distribuida su población, sus ferrocarriles, sus carreteras tanto asfaltadas como sin asfaltar, hacen que sea muy probable que la línea en la que comenzará nuestra ofensiva discurra a una distancia considerable de nuestra frontera estatal. Si nuestros comandantes captan la lógica interna de tal plan estratégico, que comienza con la defensa e incluso la retirada, para concentrar las tropas en una línea decidida de antemano, y pasar luego a la ofensiva decisiva sin la cual, por supuesto, no puede haber victoria; si nuestros comandantes están imbuidos de esta concepción real de la maniobra, y no de una visión formalista de la ofensiva, no se desorientarán, no se confundirán, no perderán la cabeza y transmitirán su serena confianza a todo el ejército.

Nuestra agitación como “un tipo de arma”

En apoyo de la afirmación de que tenemos nuestra propia “doctrina militar”, los oradores se han referido a nuestra agitación revolucionaria como un nuevo tipo de arma, introducida por nosotros. Pero esto también es erróneo. También aquí nos engañamos a nosotros mismos. De hecho, la propaganda se organiza en los ejércitos burgueses a una escala mucho mayor, de forma mucho más rica y diversificada que aquí. Durante los dos primeros años de la guerra viví en Francia y observé allí la mecánica de la agitación

imperialista. ¿Cómo podíamos competir con ella, dada nuestra pobreza de fuerzas y recursos? Nuestros periódicos eran minúsculos, con papel de mala calidad y letra extremadamente ilegible, y, lo que era más importante, su tirada era insignificante, mientras que, en Francia, un periódico burgués tan obscenamente mendaz e insolente como *Le Petit Parisien* solía publicarse, durante la guerra, en casi tres millones de ejemplares. La tirada de algunos otros periódicos imperialistas superaba el millón. Cada soldado recibía un periódico, si no dos. Contenían poesía y prosa, folletos y caricaturas. Y los periódicos eran de todos los colores del arco iris: monárquicos, republicanos, socialistas... pero todos insistían en un mismo punto: luchar en la guerra hasta el final. Un sacerdote católico recorría las trincheras y actuaba como un agitador muy hábil. Le daba una palmada en la espalda al soldado y le decía: "Sólo quedan dos cosas buenas en este mundo: el vino y Dios Nuestro Señor". Y un diputado socialista, al llegar al frente, hablaba de la lucha por la libertad, la igualdad, etcétera. También había teatro, ballet y cantantes de music-hall. Y todo de primera clase. Y todo martilleando en un solo punto. ¡Una prodigiosa máquina de engaño, hipnosis, adormecimiento y corrupción! ¿Dónde reside, entonces, nuestra fuerza? En el programa *comunista*. En la idea *revolucionaria*. Cuando nuestros enemigos hablan de la fuerza prodigiosa de nuestra propaganda, no deben referirse a la organización y a la técnica de nuestra propaganda en el ejército, sino a la fuerza *interior* de nuestro programa revolucionario, que expresa los verdaderos intereses de las masas trabajadoras y, por tanto, les llega al corazón. No fuimos nosotros quienes inventamos la política. No fuimos nosotros quienes inventamos la agitación y la propaganda. También en este aspecto, nuestros enemigos son material y organizativamente más fuertes que nosotros, del mismo modo que el zarismo era incomparablemente más fuerte que nuestro partido, cuando era clandestino y funcionaba mediante octavillas y proclamas. Pero el meollo de la cuestión es que, con todo su aparato y toda su técnica, la burguesía no puede mantener el control sobre las masas. Las estamos ganando y las seguiremos ganando en todo el mundo. Por lo tanto, no hay necesidad de descubrir un nuevo tipo de arma, que debe entrar en la doctrina militar del proletariado. Porque el programa comunista fue inventado antes de que apareciera el Ejército Rojo, y el Ejército Rojo es en sí mismo sólo un arma para hacer posible la realización del programa comunista.

Menos generalizaciones

La relación entre dos métodos estratégicos y tácticos y la naturaleza de clase del proletariado no es en absoluto tan estrecha, absoluta e inmediata como muchos camaradas nos han dicho. Sobre la base de mis conocimientos de la historia militar, ciertamente que escasos, me atrevería a demostrar que el Ejército Rojo ha pasado, desde el comienzo de su existencia, por las mismas etapas que marcaron la evolución de los ejércitos europeos modernos, desde, digamos, el siglo XVII. El paso de una etapa a otra se efectuó, por supuesto, muy rápidamente, como en una sinopsis abreviada. Un niño en el vientre de su madre, a medida que se desarrolla a partir del embrión, repite las etapas de la evolución de la especie humana, en sus rasgos fundamentales. Algo similar, repito, se observa en el caso del desarrollo del Ejército Rojo. Ciertamente, no comenzó con maniobras. Sus primeras tentativas de combate presentan un cuadro de tosco posicionalismo rectilíneo de tipo cordón. Su organización y sus métodos de estrategia cambiaron en el proceso de la lucha, bajo los golpes del enemigo. Así se desarrolló la maniobra característica del último período de la guerra civil. Pero ésta no es la última palabra en la estrategia del Ejército Rojo. En esta maniobra difusa y caótica hay que introducir factores de estabilidad: cuadros sólidos y resistentes. ¿Recurrirá este ejército más cualificado a métodos de guerra posicional? Eso depende de las condiciones de las guerras futuras, del lugar donde comenzarán, del tamaño de las masas que participarán en las operaciones al mismo tiempo y del tipo de territorio en el que tendrán lugar estas operaciones.

El camarada Budioni explicó que el carácter posicional de la guerra imperialista se debía a la ausencia de una gran iniciativa, a la irresolución de los dirigentes. “No había ningún comandante genial”... En mi opinión, esta explicación es errónea. El quid de la cuestión es que la guerra imperialista no fue una guerra de ejércitos, sino de naciones, y de las naciones más ricas, enormes en número y con enormes recursos materiales. Fue una guerra a muerte. A cada golpe el bando contrario encontraba una respuesta: cada brecha era bloqueada. El frente se consolidaba sin cesar en ambos bandos: artillería, obuses, hombres se amontonaban tanto de un lado como del otro. La tarea trascendía así los límites de la estrategia. La guerra se transformó en un proceso profundísimo de medición de fuerzas, de un bando contra otro, en todas direcciones. Ni los aviones, ni los submarinos, ni los tanques, ni la caballería podían producir por sí mismos un resultado decisivo: sólo servían como medios para agotar gradualmente las fuerzas del enemigo y comprobar constantemente su estado: ¿se mantenía firme o estaba a punto de derrumbarse? Se trataba, en el pleno sentido de la palabra, de una guerra de desgaste, en la que la estrategia no tiene una importancia decisiva, sino sólo auxiliar. Es indiscutible que es imposible que una guerra de este tipo se repita en un futuro próximo. Pero igual de imposible es repetir en el territorio de Europa los métodos y procedimientos de nuestra guerra civil: las condiciones y la situación allí son demasiado diferentes. En lugar de hacer generalizaciones, deberíamos empezar a pensar más específicamente en las condiciones concretas.

La “doctrina unificada” en una futura guerra civil

A modo de ejemplo, tomemos Gran Bretaña e intentemos imaginar cuál será, o más correctamente, cuál puede ser el carácter de una guerra civil en las Islas Británicas. Naturalmente, no podemos profetizar. Naturalmente, los acontecimientos pueden desarrollarse de manera muy diferente, pero no obstante ello será útil intentar imaginar el curso de los acontecimientos revolucionarios en las condiciones distintivas de un país capitalista altamente desarrollado en una situación insular.

El proletariado constituye la abrumadora mayoría de la población en Gran Bretaña. Tiene muchas tendencias conservadoras. Es difícil que se movilice. Por otra parte, sin embargo, cuando por fin se ponga en movimiento, y supere la resistencia organizada inicial de sus enemigos internos, su dominación de la isla resultará abrumadora, en virtud de su aplastante número. ¿Significa esto que la burguesía británica no intentará, con la ayuda de Australia, Canadá, Estados Unidos, etc., aplastar al proletariado británico? Por supuesto que sí. Para ello intentará mantener el control de la Armada. Necesitará a la armada no sólo para imponer un bloqueo de hambre a la Gran Bretaña proletaria, sino también para desembarcar tropas. La burguesía francesa no se negará a concederle algunos regimientos de negros. La misma marina que hoy sirve para defender a las islas británicas y asegurar su suministro ininterrumpido de alimentos se convertirá en un instrumento de ataque contra estas islas. La Gran Bretaña proletaria se convertirá así en una fortaleza naval sitiada. No habrá forma de retirarse de ella, a menos que sea hacia el mar. Y hemos asumido que el mar permanecerá bajo control enemigo. En consecuencia, la guerra civil adoptará la forma de la defensa de una isla contra buques de guerra y fuerzas de desembarco. Repito, esto no es una profecía: los acontecimientos pueden desarrollarse de otra manera. Pero, ¿quién se atreverá a decir que el esquema de guerra civil que he indicado es imposible? Es muy posible, e incluso probable. Sería bueno que nuestros estrategas reflexionaran sobre ello. Entonces se convencerían definitivamente de lo infundado que es deducir la capacidad de maniobra de la naturaleza revolucionaria del proletariado. ¿Quién sabe si el proletariado británico tendrá que cubrir las costas de sus islas con trincheras, anchas alambradas de espino y artillería posicional?

Tenemos que buscar modelos de guerra civil que se aproximen a nuestro pasado reciente no en el futuro de Europa, sino en el pasado de Estados Unidos. Sin duda, la

guerra civil de Estados Unidos en los años sesenta del siglo pasado presenta muchos rasgos en común con nuestra guerra civil. ¿Por qué? Porque allí también había enormes extensiones, una población dispersa y medios de comunicación inadecuados. También allí las incursiones de la caballería desempeñaron un papel muy importante. Es un hecho notable que también allí la iniciativa partiera de los “blancos”, es decir, de los esclavistas del sur, que luchaban contra los demócratas burgueses y pequeñoburgueses del norte. Los sureños tenían praderas (estepas), plantaciones, pastos esteparios y buenos caballos, y estaban acostumbrados a montar a caballo. Las primeras incursiones, de miles de verstas de profundidad, fueron llevadas a cabo por ellos. Siguiendo su ejemplo, los norteños crearon su propia caballería. Fue una guerra difusa, de maniobras, que acabó con la victoria de los norteños, que defendían las tendencias progresistas del desarrollo económico frente a los plantadores-esclavistas del sur.

De camino hacia una estrategia proletaria

El camarada Tujachevsky estaba básicamente de acuerdo con mi punto de vista, pero hizo algunas reservas cuyo significado no me queda claro. “Que el camarada Trotsky nos siga tirando del carro [dice Tujachevsky] es algo útil”, pero útil, al parecer, sólo hasta cierto punto, por lo que puedo deducir, porque el impulso real de crear algo nuevo, en el sentido de estrategia y táctica proletarias, le parece a Tujachevsky fructífero y progresivo. El camarada Frunze, marchando en la misma línea, pero yendo más lejos, cita a Engels, quien escribió en la década de 1850 que la conquista del poder por el proletariado y el desarrollo de una economía socialista crearían las premisas para una nueva estrategia⁸. Tampoco dudo de que si un país con una economía socialista desarrollada se viera obligado a entrar en guerra con un país burgués (como Engels visualizó), el patrón de la estrategia seguida por el país socialista sería totalmente diferente. Pero esto no es motivo para intentar hoy sacarse de la manga una “estrategia proletaria” para la RSFSR. Una nueva contribución a la estrategia surgirá de un esfuerzo por mejorar y fructificar la práctica de la guerra, y en absoluto del mero impulso de decir “algo nuevo”. Esto es como alguien que, porque aprecia a las personas originales, se propone la tarea de convertirse en una persona original: nada saldría de eso, por supuesto, excepto las más patéticas tonterías. Desarrollando una economía socialista, elevando el nivel cultural y aumentando la solidaridad de las masas, elevando la capacidad del Ejército Rojo y mejorando su técnica y sus cuadros, enriqueceremos, sin duda, los asuntos militares con nuevos procedimientos, nuevos métodos, precisamente porque todo nuestro país crecerá y se desarrollará sobre nuevas bases. Pero proponerse la tarea de deducir especulativamente una nueva estrategia a partir de la naturaleza revolucionaria del proletariado significa simplemente reformular las dudosas proposiciones del reglamento del servicio de campaña francés e, inevitablemente, hacer el ridículo.

¡Hacia la acumulación de la cultura!

Para terminar, quiero hablar de la cuestión del comandante de sección. Todo el mundo reconoce, por supuesto, la importancia y la significación del comandante de sección, pero no todo el mundo está dispuesto a ver en él el punto central de nuestro programa militar para el período inmediatamente venidero. Algunos camaradas incluso se expresan con cierta condescendencia al respecto: “Por supuesto, quién negaría... Sí, claro... Sí, evidentemente ... Pero hay que pensar en algo más que en el comandante de sección”... y así sucesivamente. Nuestro muy querido camarada Muralov hablaba un poco en ese espíritu: “Por supuesto [decía], es necesario limpiar botas, coser botones y educar buenos comandantes de sección, pero esto está lejos de todo”. Por alguna razón, el comandante de sección se agrupa aquí con los botones y las botas. Error. Los botones, las

⁸ El artículo de Engels de 1851 se publicó por primera vez en *Die Neue Zeit*, diciembre de 1914.

botas, etc. forman parte de esas “bagatelas” que, en su conjunto, tienen una importancia inmensa. Pero el jefe de sección no es en ningún caso una bagatela. No, es la palanca más importante de nuestro mecanismo militar.

Pero, de paso, unas palabras sobre los botones, las botas, la lucha contra los piojos, etc. El camarada Minin me acusó de caer en el “culturalismo” (kulturnishestvo). Qué lástima que no dirigiera su acusación al mismo tiempo contra el camarada Lenin, por su informe al congreso, porque la idea principal del camarada Lenin era que lo que nos falta para nuestro trabajo constructivo es cultura, que esta cultura debemos acumularla y aumentarla persistente, obstinada y sistemáticamente, mediante la educación y la autoeducación. El término “culturalismo” está fuera de lugar aquí, porque utilizamos esa palabra para designar, e incluso para tildar, a esos pedantes de mente estrecha que, bajo el dominio del zarismo y la burguesía, esperaban regenerar el país mediante medidas mezquinas y triviales en las esferas de la educación, la cooperación de los consumidores, la salud pública, etcétera. Nosotros contrapusimos a eso el programa de la revolución y la conquista del poder por la clase obrera. Pero esto ya se ha logrado, el poder ha sido conquistado por la clase obrera: esto significa que se han creado las condiciones políticas para que se lleve a cabo un trabajo cultural a una escala sin precedentes en la historia. Este trabajo cultural consiste enteramente en detalles y bagatelas. La revolución victoriosa nos permite atraer a las capas más profundas del pueblo al trabajo cultural. Esta es ahora la tarea principal. Debemos enseñar a leer y escribir, debemos enseñar la precisión y el ahorro, y debemos hacer todo esto sobre la base de la experiencia de nuestro trabajo constructivo estatal y económico, día a día y hora a hora. Y exactamente lo mismo se aplica en el ejército.

La consigna militar de ahora

Pero el comandante de sección es, a pesar de todo, un elemento especial. No es en absoluto una bagatela. Es el comandante, el líder, el jefe del grupo básico de combatientes: la sección. No se puede construir un edificio con arena suelta. Hay que tener un buen material de construcción, hay que tener una buena sección, y eso significa un buen comandante de sección, fiable, consciente y seguro de sí mismo.

“Pero”, objetan algunos, “¿no se olvida de los mandos superiores?”. No, no me estoy olvidando de ellos, y es precisamente a los mandos superiores a quienes encomiendo esta tarea de educar al comandante de sección. No puede haber mejor escuela para un comandante de regimiento, brigada o división que la labor de educar a los comandantes de sección. Nuestros cursos de perfeccionamiento, nuestras academias y nuestros cursos de academia son muy importantes y útiles, pero la mejor formación de todas la obtiene un profesor cuando forma a sus alumnos; ese comandante de regimiento, de brigada o de división será el mejor formado si centra su atención en el futuro inmediato en la formación y educación de los comandantes de sección, porque esto no puede hacerse sin tener cada vez más claros en la mente todos los problemas de organización y de táctica del Ejército Rojo, sin excepción. Todos los problemas deben plantearse clara y minuciosamente, sin autoengaño alguno, para poder decir con claridad y nitidez al jefe de sección lo que debe ser y lo que se exige de él. El comandante de sección: esta es ahora nuestra tarea central. Las frases generales sobre la educación de los comandantes en el espíritu de maniobra ofrecen esencialmente muy poco, y distraen la atención de las tareas más importantes del período actual. Hubo un tiempo en que era necesario romper nuestro primitivo inmovilismo y cordonerismo, hubo un tiempo en que la consigna de maniobra era saludable: en aquel tiempo el grito: “¡Proletarios, a caballo!”⁹ expresaba una necesidad fundamental. En aquella época, por supuesto, no sólo era importante la

⁹ “¡Proletarios, a caballo!”, en esta misma serie de nuestras EIS.

caballería, sino también la infantería, la artillería y el resto. Sin embargo, si en aquel momento no hubiéramos creado la caballería roja, probablemente habríamos perecido.

Por eso, el llamamiento: “¡Proletarios, a caballo!” resumía la necesidad central y básica de aquel período en el desarrollo del ejército. La nueva época trae a primer plano una nueva tarea: poner a punto la célula básica del ejército, la sección: resumir nuestra experiencia militar en beneficio del comandante de sección, aumentar sus conocimientos y su autoconciencia. Ahora todo depende de eso. Es necesario comprenderlo y ponerse firmemente a trabajar en ello.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es